

*La inutilidad del vacío (2023)*

Gerardo Buendía

*A Stuart Harold Pot*

*A Damon Albarn*

1.

*Luces neón sobre un mausoleo transparente*

Por alguna razón que no comprendo  
escucho la misma música que siempre.

No sé si allí me recuerdo  
o recuerdo quien quería ser yo  
antes de todo.

Es decir, sigue corriendo.

Últimamente, claro,  
pasan por mi los mismos lares,  
aparecen las mismas personas,  
los mismos gestos  
del reloj automatizado.

Por supuesto, sueño con las mismas cosas,  
no obstante,  
trabajo en el mismo sitio,  
como queriendo retroceder.

Por alguna razón que no comprendo  
hablo de lo mismo  
los últimos meses.

Sobre mí pasan las marcas del tiempo,  
pero los años son iguales.

Hace días que siento que no avanzo.

Avanzan las horas,  
se mueven las nubes.

Sonríen las sirenas con sus luces  
debajo de mi piel  
a la que consume el polvo.

Claro, dejé de sorprenderme,  
siento que no siento.

Quizá mi alma esté en declive.

Aunque, me siento cómodo  
cayendo

poco a poco,  
a decir verdad.

[Por alguna razón que no comprendo  
creo todavía en el destino.

Sólo palabras, claro,  
desdobladas            sobre la arena seca.

Esperan.

Y yo llego a casa

con el mismo cansancio,

con la misma pena;

sobre mis manos suceden

y sucederán

las mismas historias.

Se repiten.

Caminan en círculos

sobre mis párpados.

A veces quisiera sólo saltarme las horas,

el itinerario, la idea de continuar,

sin embargo, sin pensar en ello.

Quizá así simplemente termine

de tomar su propia forma].

2.

*Este es el verdadero amor*

Esperamos tanto [la fecha].

Y aparece

entre las llamas

el sueño [de quemarse];

amar, amor, amantes;

el recuerdo [entrelíneas]

aprende a despedirse

sin decir adiós,

baja la neblina,

[nos recorre], sin embargo, la marea

hace nudos en las olas,

la eterna luz [a la distancia]

se rompe

en fronteras

que al nombrarlas

me ahogan.

Lo comparto [el llanto]

entre las voces alrededor

que me dañan

con su tacto.

Se instalan

bajo mi piel                      de papel carbón.

Me digo, sin embargo: «no estoy listo».

Me niego.

Me incendio.

Sigo [la rutina]

de correr [en silencio]

sin mirar atrás;

no acaba de empezar

ni siquiera empieza.

Sigue [el baile], el ritual,

la frase espesa

sobre la que se desdobra el anonimato.

Y así voy por la vida

estribando

[sobre los párpados]

las mismas preguntas,

[las mismas respuestas].

Me soslayan

con su quehacer [a veces leve]

en cuyas olas caigo.

Se va, [allá afuera está el camino].

Sobre el horizonte, [la promesa].

Todas las ruinas que me gravitan

susurran

a lo lejos.

A veces creo que caerá [el infierno],

volará el mar,

se dibujarán sobre la arena

las estrellas

al llegar ese vacío

que me liberará [de mi intrínseca levedad].

Es mentira.

Emana.

Muere la ilusión [de volver a ser feliz].

Me duermo [solamente]

para pasear

por los mismos lugares

a donde siempre quise ir

acompañado.

Y qué tan equivocado estoy [en el desdoble].

Y qué imbécil soy [pensando huir].

Estoy roto, roto está mi pasado;

amando desde ese quebranto

la otredad

de un cuerpo

que ya no existe

y que busco en la voz

de un falso ícono                      bajo la niebla.

Expongo tanto mi intimidad [en el proceso]

pienso en voz alta

[mi propio escape];

la apariencia

de la desnudez [sobre las calles llenas],

regresa [y me seduce];

me enamoro

de la belleza

de las cosas que se van.

Es mi codicia.

Deja que fluya.

[Olvida].

Finalmente, la luna se levanta

para sonreír.

3.

*Retrato de un país que conocí por accidente*

Fascinación por lo ajeno.

Se viste:

matorral, trenza, escaparate.

Pasa el rato.

Se camufla rápido,  
pretende ocultar su fragilidad  
con el tacto.

Viaje

que no va a ningún lado.

Se traduce.

Fascinación por lo efímero,  
amor por el accidente;  
se desdobra  
lo violento, lo prohibido, lo tierno,  
entre ruinas.

Golpiza del viento al olvido  
sólo como juego  
que se repite  
por generaciones.

Llueve.

Rosa lejana, ella se esconde;  
busca ella ser océano  
de piedra  
en un lugar distinto.

Se desdibuja la palabra.

Playa, refugio,  
corazón,  
guarda en sus manos el misterio  
de una voz  
distante

que se busca  
en otros ojos.

Tiempo en pausa, pasa la ola.

El pasado roto  
tan sólo se ahoga  
en la misma calle.

Hay tierra en el pozo.  
La misma voz aparece  
en la imagen  
que tengo de mí.

Regresan.

El sonido en cuyo nombre deambulan  
los tres invisibles jinetes:  
halo, huerto, horizonte.

Camino hacia el abismo dorado.

Se detiene.

Vaivén allá, aquí se calma la tristeza  
quemándose  
con el sol.

Grotesca lira, agita las linternas.

Nadie ve.

Aparecen luego las bellezas  
donde los hombres se ahogan  
sin haber probado el placer de la oscuridad.

4.

*Mar*

Hagamos de un poema un suspiro,  
el eterno accidente  
lleno de un fuego ambulante  
bajo el caos.

Escribamos juntos un poema  
de amor  
para así fundirse junto con la calle  
y cambiar;  
hacer de la hojarasca un paraíso  
instantáneo;  
y mirar la noche  
hacer surcos al cuerpo  
con las palabras  
pronunciadas  
por la ciudad.

Miremos la oquedad en el aire,  
escribamos  
sobre la suspicacia oculta  
en la infinitud  
del silencio;  
hay allí un tierno paisaje.  
Déjalo ir  
para siempre.

5.

*La ilusión del suspiro*

Vivo en la cordillera de un suspiro,  
cosiendo una herida duradera,  
atento a un llamado que no llega,  
cavilando sobre mi pura existencia:  
entre hacer y deshacer  
una pregunta sin respuesta.

Es el nerviosismo.  
Es el vacío desvaneciéndose  
despacio y en desaire,  
cual si emanara de una fuente  
una palabra que no existe  
y un viento infatigable  
sacudiendo mi instinto.

Vivo en la inmensidad de una frase,  
o más bien en la instantaneidad                    de un esbozo:  
en la penumbra del olvido,  
en el abismo de un mirar vacío  
que no distingue ya entre noche y día  
ni entre llama y llanto.

El tormento de un recuerdo,  
sin imagen, sin sonido,  
vive sólo en un rincón de la mente,  
en una parte, en un resquicio,  
hace surcos sobre mi piel.

Es este un volar tan confundido  
en torno al tiempo,  
taciturno, como perdido,  
es el polvo sobre el cuerpo,  
causa arrugas,  
regresa.

La ilusión del amanecer  
bajo la lluvia

que espera.  
Y yo vivo  
tratando de encontrar  
la desnudez del alma  
ante el ruido,  
sin camino  
ni sueño a donde llegar  
luego del quebranto.

Vivo en lo que se dice es efímero:  
un beso,  
un abrazo,  
un amorío.

Se hunden mis palmas.  
Suspiro.  
Sueña el alma con dormir  
entre la arena.  
Ahora la ciudad es un bosque desierto  
donde una vez hubo recuerdos,  
edificios altos,  
caídas  
y algunos amores  
que no pudieron ser.

Existo en el aroma de lo inerte,  
preguntándome si vale la pena  
seguir sonriéndole  
a la misma gente.  
La resina enterrada  
bajo la casa  
me habla:  
dice que respire.  
Hay oculta  
en las nubes  
un anuncio, sin embargo.  
Serpientes y escaleras, alguien dice.  
Una punzada aletargada, como propaganda,

dentro de una isla de concreto  
para aliviar la carga  
de seguir.

Una estrella me aguarda  
con su cálido paraíso  
que se incendia  
y me hace preso  
a la rapidez  
del querer.

Vivo en el recuerdo de un instante  
abriendo una herida que un día fuera.  
Atento a un llamado que no llega.  
¿A dónde es que se ha ido?  
¿A resguardarse bajo techo?  
¿A morir en el rincón?  
¿Será que es mi voz la que suena?  
¿O es mi ilusión la que me espera?

Al final, son sólo palabras que se dicen,  
dentro de esta cordillera  
de cartón-piedra donde vivo;  
pregunto,  
sin querer,  
y tal vez en vano,  
si el amor es eso que siente, pues,  
una espina  
cuando le toca una mano.  
Allí estará  
al final.

6.

*Las fuerzas alrededor*

Le tengo miedo a escribir  
y que, en una de esas,  
entre brotes de palabras  
y ausencias,  
emerjas tú  
con tus silencios,  
con tus leves miradas,  
con tus sonrisas diáfanas  
y con tus reflexiones crueles  
donde hacía mi hogar  
cuando llovía.

(Le tengo miedo a hallarte  
entre el ruido,  
a que a la mitad de un texto  
aparezca tu aroma  
y que una letra, a su modo,  
me recuerde tu llanto  
tu tacto,  
tu inmensidad).

Le tengo miedo a escribir  
y que, en una de esas,  
entre brotes de recuerdos  
aparezca tu cuerpo,  
y que trates de pronunciar  
en cada coma  
un crepusculo;  
miedo a que destruyas con tus manos  
la última frase,  
el último beso,  
que viajes en el aire  
y me convenzas

de vivir  
recordándote.

(Le tengo miedo a hallarte,  
devolverte mi intimidad  
con un poema.

A que a mitad del viaje  
aparezca tu aroma,  
y que una letra, a su modo,  
me recuerde que escribí  
para liberarme de todo,  
y seguir intentando  
huir  
de ti).

7.

*Presos de lo imaginario*

Caminamos todavía  
libres pero exiguos,  
como siguiendo nuestra sombra,  
como prestidigitando nuestros sueños;  
como difuminando las fronteras,  
como secuestrando a las personas  
que dieron vida a las historias del pasado.  
Somos presos de lo imaginario  
Somos tiempo empacado,  
almacenado, en espera.  
Caminamos, andamos, volamos aún.  
Deambulamos por allí felices, pero inciertos,  
y al mismo tiempo  
nuestras heridas nos perturban,  
las exhibimos mientras  
contenemos el llanto:  
el amor nos confunde,  
como hace la luz de la luna  
y el caos  
y la verdad,  
y la vida.  
Y sin embargo, hablamos todavía .  
aún cuando nuestra voz desaparece  
entre el ruido de la gran metrópoli.  
Somos presos de lo cotidiano,  
pero también amamos la rutina.  
Caminamos aún  
bajo la lluvia,  
sin saber a dónde vamos;  
(porque es mejor moverse  
que quedarse quieto y confrontar el vacío).

8.

*Fachada de mármol sostenida por listones*

*Todavía brotan de las heridas  
esos llantos,  
el corazón se apacigua  
con los regalos de las nuevas personas.  
Nuevos lugares aparecen al frente,  
nuestras manos viajan lentamente  
se arrinconan en el mismo lugar.  
Se anidan en tristes ecos    nuestras miradas.  
Retroceden, reviven,  
van erosionándose con las horas.  
Es el baile de todos los días.  
Vaivén de un mensaje inexistente;  
la espera por el mañana  
nos acongoja  
suavemente.  
Y el amor se escapa de entre las palmas:  
lluvia contenida que no supimos cuidar.*

*Todavía se puede tocar el ocaso                    en nuestra vista.  
Allá a lo lejos está el hogar deseado.  
El nostálgico significado, por otro lado,  
de nuestros frustrados deseos,  
de nuestras despedidas trágicas  
con sus regresos,  
se cae del cobertizo.  
Llega entonces el duelo                    dentro del sueño;  
la espesa niebla de un abrazo  
que tampoco llega,  
tal vez por miedo.  
Se incendia la ciudad.*

*(Se desentienden nuestros besos, no obstante,  
náufragos todavía                    entre el gentío;  
nuestras vidas fugitivas, atrapadas,*



9.

*Veo pasar los días que no pasan*

Veo pasar los días que no pasan,  
y sin embargo siento el calor del misterio.  
Me acompañan fantasmas, juegos y frases  
que el amor dejó encargados a alguien.

(Veo pasar las tardes desde un oscuro horizonte,  
dónde viajo para ocultarme de todo.  
Me acompañan en el sueño unas voces  
que fueron llantos en algún tiempo remoto).

(Veo pasar las noches pasadas,  
como si mi memoria viajase a lo incierto.  
No puedo llorar ni dar pasos en falso  
porque el camino con su eco me absorbe).

10.

*La paradoja de la ciudad*

Allá va toda esa gente  
qué pasa  
frente a mi  
con sus líquidas memorias,  
sin saludarme;  
Entre el glamour de este caos, acaso,  
se mueven,  
se detienen.  
Desaparecen edificios.  
Nadie los mira  
por alguna razón.

Las mismas fotografías,  
las mismas poses,  
el reloj inmóvil se pasea  
deja su llanto,  
pero la soledad se agita,  
sin embargo,  
al reconocerse entre la multitud  
que sigue ahí.  
Unos esperan,  
otros van,  
otros regresan.  
Tantas palabras encima nuestro,  
debajo de nosotros otras voces.  
Tantas caras que ver,  
pero no distingo a alguien,  
podría yo ser cualquiera.

No nos dejan pensar  
ni huir.  
Nos ata la magia

de la improvisación  
entre instantes.  
Usaré yo los listones  
que recogí de la marea  
para sentir así la brisa,  
porque ahora es lo único que siento  
entre las manos.  
Sólo pasa el tiempo,  
los devora.  
Un día cualquiera:  
es el placer  
del sudor      multiplicado;  
se detiene.  
Las sonrisas en la plaza  
tan expuestas al sol,  
se disfrazan de empatía.  
Y así transcurre este tropel.  
Allá va toda esa gente  
que deambula  
por la bruma  
pero sin verme.  
Llovió ayer.  
Se inundó la avenida. Nadie parece notarlo.

11.

*Viajé a la luna*

Viajé a la luna y me convertí en desierto.

Viajé al desierto y me convertí en animal.

Hecho animal, viajé al océano y me convertí en arena.

Arena que viajó hasta convertirse en pastizal.

Ya hecho pastizal, viajé en el tiempo y me convertí en recuerdo.

Recuerdo de una luna que se hizo desierto.

Desierto que secretamente se convirtió en animal.

Recuerdo del viaje de un tierno silencio.

El de un animal que viajó hasta convertirse en camino.

Camino de arena que fuera quizás pastizal.

Pastizal que viajará hasta convertirse en recuerdo,

(viajero de la palabra y del temporal).

Recuerdo de una luna que viajó y se convirtió en desierto.

Desierto que fuera más bien recuerdo.

Recuerdo de un hombre que no pudo nunca viajar.

12.

*La tormenta de arena se quedó en mi lugar*

Sueña con ser amada.

Sueña ella entre el gentío:  
un lugar donde ser siquiera  
el vacío,  
el estrecho hueco  
donde ofrendar  
su intimidad  
sin hacer ruido.

Sueña con ser querida  
aunque sea un poco  
sobre la tormenta.

Sueña con las calles desiertas  
de la misma ciudad  
donde se esconde,  
el poder acariciar la mañana  
sobre un cuerpo  
que no la olvide  
al ver la luz.

Sueña con ser buscada  
entre la multitud,  
que alguien la distinga  
cuando desaparece;  
sueña con romperse  
y encontrar  
un sitio                   lindo  
donde mudarse.

O un paisaje  
de agua  
para ahogarse.

Es su sueño:  
compartir el instante  
para huir       de sí.

13.

*No escribo para curarme*

No escribo para curarme ni porque me curo,  
no escribo para volar sobre la ciudad  
ni para luchar contra la injuria,  
ni para borrar las tempestades  
de la cotidianidad  
entre susurros.

No escribo para desvanecer esencias en el aire,  
ni para acompañar un viaje  
bajo el humo,  
ni para olvidar un beso fugitivo,  
ni para ver mi propio reflejo sobre el agua.

No escribo para detenerme ni porque me detengo  
ni escribo con la punta de una pluma sobre la hoja  
buscándome.

No escribo para salvar el alma y transgredir la noche  
ni para habitar lo que es invisible  
para los demás  
por su ceguera.

No escribo para recolectar el origen de las calles  
ni mi propio origen,  
ni para hallarme en la arena de una playa  
y esperar a que el mar me borre  
luego de entenderme.

No escribo para navegar entre crisoles  
ni para crear rarezas vagas  
sobre la oscuridad  
y sus abismos.

No escribo para retratar al paisaje  
ni para describir su ultranza o sus verdades,  
ni para atisbar lejanos horizontes  
en mis párpados,  
ni para desvestir lo inefable

aunque fuera un rato  
por placer.

No escribo porque quiera decir algo,  
ni porque diseccione las crueldades  
del reloj  
sobre mi cuerpo,  
ni porque vea los ramales de un trayecto pasajero  
donde muere mi voz  
cada que hablo.

No escribo para curarme ni porque me curo  
ni para develar lo divino  
detrás del filo de una hoja,  
ni para atravesar la realidad con una espada de plástico,  
ni para separar al amor  
de la rutina;  
no escribo para huir  
ni para ver ni porque veo.

No escribo para manifestar melancólicas tragedias  
ni para crear futuros  
llenos de ausencias;  
no escribo para acercarme a la belleza  
ni para hablar de soledad, de angustia,  
de la bruma que conmina a la gente  
cuando salen a la calle  
esperando que llueva.

No escribo para derramar una sangre fría  
como ofrenda  
ni para observar desde lo alto las montañas  
ni mi nombre;  
no escribo para olvidar ni porque olvido  
ni para dibujar una máscara de piedra,  
de tezontle, de barro, de tierra y de acumulaciones de mi tiempo.

No escribo para recuperar el aliento  
ni para susurrar al silencio lo que puede hacer la muerte,  
la misma utopía

de escapar  
bajo el sol ardiente.

No escribo para curarme ni porque me curo.

No escribo para querer ni porque quiero.

No escribo para ser, ni para tener, ni para arder,  
ni para repensar, reír o estar despierto.

No escribo para leer ni porque leo.

No escribo siquiera para alguien y, sin embargo,  
alguien cree que es así.

14.

*La inutilidad del amor*

Caminar entre claroscuros  
por el suave gusto  
de ser el paisaje.  
Mientras, me mece el impulso,  
me empuja hasta lo hondo;  
aparece la vista borrosa,  
sin embargo,  
y el agobio  
dibujado entre instantes  
de intenso placer  
que ya no puedo controlar.

Nadie detiene el tiempo.  
Sube la marea,  
se calienta el mar.  
Pero, yo me esfumo:  
está solamente el río  
y en él mi ansiedad  
con forma de fuego;  
viaja buscando  
un nuevo hogar.

15.

*En la playa árida, los amores de plástico*

Cualquiera puede regalarte un soneto,  
escribirte cartas, bailarte un poco.  
En realidad, cualquiera puede darte flores  
una mañana,  
escalar montañas o dibujar tu nombre  
en la arena de una árida playa  
donde el mar no existe;  
cualquiera podría olvidarse de sí,  
pretender que muere  
su abismo  
con el amanecer  
que parece ser más bello  
que el ayer  
y sus fantasmas  
cada vez  
que se pronuncia;  
cualquiera podría bien ceder  
su ansiosa piel  
sobre las capas del vaivén  
para reconfortarte  
cuando te has ido,  
sólo para hacerte sentir      vivaz  
una vez más  
entre tantas cenizas.  
Cualquiera puede regalarte un beso  
de despedida, de calma,  
créeme,  
cualquiera puede abrazarte  
esos días  
en que te miras al espejo  
y sólo ves un rostro  
de papel

que se desdobra.  
Cualquiera puede acariciar tus demonios,  
sentir la brisa sin nadar hondo.  
Cualquiera puede acompañarte a casa  
una noche,  
tomar tu mano, cantarte algo  
y dejar que el reloj se pasee por la cama  
sin hablarse,  
pero en llanto;  
regocijarse en el glamour  
de una pastilla,  
habitar la inmediatez,  
hacer un retrato,  
viajar y sonreír  
como único escape.  
Cualquiera, en realidad, puede vivir el elixir  
de lo efímero  
sin reconocerse  
ni reconocer allí  
las cicatrices  
del tiempo  
ni su historia.  
Cualquiera puede vestirse  
de quimera, de deseo,  
y ofrendar al cielo  
sus raíces.  
Así visitar los rincones  
del placer,  
sacudir el instinto  
también  
y entre atisbos compartir el lamento  
como un gesto  
cotidiano  
de soledad  
entre extraños  
que se piensan.  
Cualquiera,

cualquiera puede leer con sus yemas  
el cuerpo;  
pretender hallar allí el amor,  
o la verdad,  
pero no saber la desnudez,  
la fragilidad  
que se incendia dentro  
al mismo tiempo  
sin que nadie vea.  
Cualquiera puede ver de lejos el naufragio,  
y, sin embargo, no saber a qué sabe  
el miedo al agua.  
Cualquiera puede ser hogar de hielo  
un par de horas,  
huir,  
dejar su huella  
apenas bocetada  
sobre la luz de la tormenta  
que a veces nos inunda  
cuando no hay cobijo.  
En sí, cualquiera puede llegar  
de repente,  
iluminar el paisaje con su voz  
de plástico,  
hacer eco  
al romperse,  
como un caudal que se purifica  
al tocar el fuego  
sin darse cuenta que se quema;  
cualquiera puede caer en la misma rutina  
del cariño,  
del abrazo,  
el habitar el invierno  
esperando la primavera.  
La transparencia donde se despliegan  
los minutos que perdemos  
mientras soñamos con volver.

(Cualquiera puede acariciar la herida,  
la penumbra  
y, sin embargo, no saber qué hacer  
después  
con tanto caos).

16.

*Agosto*

Tan cerca está la neblina,  
se ha metido a la alcoba  
en medio de tantos rostros,  
todos frágiles.  
Un incendio.  
Catarsis.  
Es tanto el calor  
y el dolor  
—inevitable—  
en la memoria  
no cicatriza;  
ya no me escucho.  
El espejo está roto.  
Aunque hay ahí una muy buena foto.  
Sólo sucede.  
El pasar lento de las horas.

Nos aferramos tanto,  
pero tanto,  
a ver detrás nuestro  
las filas de pabellones  
qué rompimos  
con la angustia:  
traducción de los besos  
que no fueron  
ni pudieron ser  
ni quisieron ser  
nuestra casa.  
Se queman también  
entre el recuerdo  
y entre la brisa  
las pesadillas guardadas

en capas  
bajo los párpados,  
todas las promesas pronunciadas  
con el tacto  
sobre las olas.  
Se quema el cielo.  
Se quema el campo.  
Pronto crecerán flores.  
Sólo el tiempo sabe de qué color.

17.

*Enero*

Tuve un sueño el otro día.  
Fue tan real:  
estaba yo frente al mar  
y sólo pensaba  
en huir  
con la ola,  
dejar la mirada  
en la bahía  
de una vez por todas.

Y quise despertar,  
pero me costó tanto.  
Es que era tan real.  
(Pensé en dejarlo).  
Me fui llevando.  
(Hasta que escuché una voz).

Tuve un sueño la otra noche.  
No sé si pasó.  
Estaba yo frente a alguien.  
Piloto automático.  
Nunca supe qué dije.  
Pero luego te vi llorando  
y entendí el dolor;  
pinté un abismo.

Y quise despertar,  
pero me costó tanto.  
Es que era tan real.  
(Pensé en dejarlo).  
Me fui llevando.  
(Hasta que escuché una voz).

Y entonces desperté,  
sin embargo,  
náufrago en la rutina.  
Hundido en melancolía.  
Ruptura,  
problema.  
Ese era yo.

Y quise levantarme,  
pero me costó tanto.  
Es que era tan real el dolor.  
(Pensé en romperme).  
(Pensé en huir).  
(Pensé en dejarlo).  
Me fui llevando.  
(Hasta que escuché una voz).  
Era tu voz,  
abrazándome.

18.

*Me voy a mudar otra vez*

Ya han pasado tantas ciudades  
sobre mis párpados,  
tantos años de estar perdido  
sin encontrar hogar  
en ninguna parte;  
aquí en el fondo oscuro de tu mirar  
me he refugiado.

En la hojarasca de una noche  
he encontrado  
un cobijo  
que se extingue.

Me zahiere el ruido  
de la incertidumbre,  
ya estoy hundido.

Nafrago  
entre personas  
y su recuerdo.

Vivo en la oscuridad.

Ese es mi sitio.

No llores por mí,  
yo estoy roto,  
amo el quebranto.

No soy de ningún lado,  
pero me muevo siempre  
en el mismo lugar.

19.

*La danza de los amores fatales*

Nadie se da cuenta,  
pero ahí está  
dando su fuego.  
En el ingenuo acto  
se tropieza,  
sobre la soledad del bosque  
entre los mismos mausoleos.  
(Vuela).

Es el delirio.  
El deseo de quemarse,  
solo poder gozar el humo.  
Y nadie se da cuenta, claro.  
pero ahí está  
curando el polvo,  
sacudiendose  
la arena  
que quedó del llanto.  
Y...

Nadie se da cuenta,  
pero ahí está  
bajo la ola  
rompiendo su imagen  
para ya no verse nunca  
porque le duele verse frágil.  
Recuerda cómo era todo  
antes de la lluvia.  
Se ahoga;  
su reflejo  
se esfuma  
poco a poco;  
sueña con salir de ese encierro  
en cuyo asedio  
se transforma

su voz.

(Retrocede).

Y nadie se da cuenta, claro,

pero ahí está

y ahí estará

sin poder decir algo.

Desaparecerá.

Y volverá,

porque siempre es así.

20.

*Fotografía en blanco y negro*

Ya ni la fiesta me acelera el cuerpo.

Los días pasan, apenas pestaños, se sumergen.

Y las quimeras me susurran en el beso,

y el drama me persigue cuando salgo,

la agonía se repite y se repite.

Tengo que dejarlo.

Pero, es que necesito esa otredad como guía

pues no tengo ganas de luchar

contra la suerte

y hace falta exprimir hasta la última gota,

de ese placer inerte

antes de salir por la tienda de regalos

queriendo huir de mí propia vacuidad;

se esfuman tan pronto, se deshacen

los orgásmicos llantos

entre la bruma neón de la noche.

El vaivén prometió llevarme

a un lugar nuevo

(lejos de aquí). No sé si eso pase.

No es sencillo explicar la naturaleza rota

de la historia, pasa casi en automático.

No hay recuerdos. No hay ausencias.

Sólo están allá las sillas rojas

de plástico junto al jardín. Están todos ellos.

Me visto de invierno, desaparezco,

pero permanezco en medio de algo, sé que está ahí. Me contiene.

Ya no siento.

Se nos acaban las cosas.

Y la noche me arropa.

Y el presente me encadena con su levedad desierta.

Tengo que aparentar mi tristeza, entre promesas.

Y mí pública desnudez ahora

encarcelada  
entre las mismas heridas  
no sabe a dónde ir;  
las mismas canciones suenan afuera,  
la misma rutina del cariño bajo mis párpados  
sucede, pesa. Ha consumido todo.  
Pesando ya los rumores escondidos bajo la nieve  
hablan en voz baja.  
Mi fragilidad envuelta.  
Soy vulnerable.  
Sucumbe el tiempo, sucumbe la ilusión de la certeza,  
el reloj se ha cansado de esperarme.  
Tal vez por eso el fuego se desdobra  
sobre mis oxidadas yemas,  
se enferma. Es el fin de algo.  
En eso nos hemos convertido, cardiacas horas antes del final.  
Es la fatalidad de la amnesia.  
He bebido  
pretendiendo olvidar el ruido  
solitario  
(de la suerte en este lado del edén).

Paisajes aparecen apenas despierto, aparece la ruina:  
casas de arena, música de playa,  
la sombra de alguien dentro del rubor ansioso, un abrazo  
y el quebranto,  
y la amargura del caminar en un día frío de primavera  
por las mismas calles.  
La misma soledad como registro de que allí estuvo una vez alguien.  
El placer se enciende, se ahoga el mañana,  
deambula allá la felicidad pues, acompañada de espinas,  
los cúmulos de afecto  
que esperan en la orilla  
el golpe de la ola.  
No sucederá el cambio. Vuela  
a través de la tormenta, sabe a sed.

Es el subterfugio.

Personajes de papel

sobrevolando el humo de las fronteras

donde tocamos fondo.

Pedazos de mi deambulan por ahí

buscando el sol.

Afuera llueve, grita el silencio,

lo oigo,

me oigo;

acaso viaja el dolor en las sustancias que toco,

sin embargo, he dejado de sentir la brisa.

La noche, la espesa marejada

de la andanza exótica por la ciudad mágica,

me abraza,

me confunde; sucede de nuevo.

Sólo veo. Sólo muero.

Tengo que dejarlo.

Tengo insomnio. No he soñado aún

con la verdad.

Traigo encima la misma sonrisa melancólica

de la que la gente se enamora.

Ellos creen que pueden llorar por mi.

21.

*Film 35mm*

Y si no hubiera sido un accidente.  
Y si no hubiesen discutido aquella vez        mis padres.  
Y si no hubiese escapado  
para llorar  
en las calles  
con un bote de pintura        entre las manos.  
Y si no hubiera crecido entre el rigor nocturno de la aurora  
bajo el cobijo de la ausencia,  
y si esa pintura no se hubiese calentado  
y si no se hubiese vuelto sangre el abrazo        de la vida.  
Y si la sonrisa de mi hermano no hubiera corrido        por mis hombros  
para refugiar su inocencia.  
Y si la bruma de allá afuera hubiera sabido contenerse.  
Y si no hubiera encendido las luces        del eco        con mi llanto.  
Y si no hubiera huido de la guerra.  
Y si no hubiera visto la mirada de mi gente        yéndose  
entre truenos y fronteras  
de fábulas ficticias.  
Y si no hubiera visto a sus madres apagarse al recordar  
sus promesas  
bajo la sombra escrita.  
Y si no hubiese escrito un poema  
luego de caminar sobre desiertos  
y amores de paisajes al óleo,        entre espinas.  
Y si no hubiese seguido la rutina ni caído al mar  
por accidente.  
Y si esa soledad no me hubiera llevado al abismo  
con su incesante ritmo  
y luego a la marejada militar de lo que implica el olvido.  
Y si no hubiera deambulado por ahí mi ataúd transparente.  
Y si no hubiese recorrido mi vacuidad        con pasiones  
cada vez más tristes.  
Y si no hubieran contorneado mi retrato

cuando alguien me leía  
a la distancia            entrelíneas.  
Y si no hubiera caído mi esperanza            con el primer casquillo  
que me dieron  
para articular la infancia.  
Y si no hubiera querido como quise,  
si no hubiera amado como he amado  
y si hubiese entendido a tiempo porque mi amigo invitó a la muerte  
a su casa  
y porque le ofreció un trago.  
Y si no le hubiera dado tanta importancia al presente  
queriendo hallar allí las maravillas.  
Y si no hubiera tocado fondo una tarde de diciembre  
luego de alucinar  
con mi muerte  
bajo un mar de autos.  
Y si no hubiera pensado en dejarlo todo  
sobre la ruina ansiosa de mi herencia.  
Y si la suerte no hubiera decorado mi demora.  
Y si no hubieran roto el fuego            los latidos.  
Y si no hubiera vuelto.  
Y si no hubiera aprendido.  
Y si no hubiera escrito nunca sobre la arena.  
Y sí.  
Y sí.

22.

*Dejé de leer porque entré a trabajar*

Eventualmente corren frente a mí  
en su condición de espejo y manto  
las viejas heridas.

Dejo que sean.

Ellas me hacen.

Se desplazan en mis adentros;

pero sólo existen

mientras me siento

a ver la vida

contemplarme.

Me deslumbran los días.

El agua quieta

quiere que termine.

Me atacan

las flores marchitas

sobre el escritorio.

Es probable que sea la herencia del destino

situada al filo de la muerte

entre dos sombras

de concreto fresco.

Acaso en el paraíso

aparece mi nombre,

bajo el reloj,

tras el cansancio.

Se desvanece.

Se torna grisáceo.

Sobre mi hombro se levantan,

sin embargo, entre prisas,

las mariposas.

Quieren huir.

Quieren salir de esta oficina.

Quieren volver a jugar con la lluvia.

Acostumbradas al impulso

de sufrir y querer  
en el mismo acto  
se rompen.

La ciudad está soñando,  
todos a la vez.

Ella quiso irse.

Nada puedo hacer.

Afuera colapsa el amor.

La idea de un mundo nuevo  
todavía no cabe aquí.

23.

*Muerte*

Estaba pensando en regalarle una bala a la vida  
y un poema a la muerte,  
consumir así las ideas, bailar  
sobre el silencio subterráneo de mi estirpe.

Sólo pretendo, pues, escapar de esta máscara en silencio;  
quemar, con la palabra desierta, el alma desnuda.  
La belleza incierta de mi fortuna, mi paisaje, que deambula  
por ahí, recordando.

Accidente, retorno, el vaivén de las horas quebradas,  
se van cuando trato de ponerlas a mi cuerpo  
como huellas irrisorias de aquello que me asfixia.

Pero, palabras me faltarán para contar mi trayecto  
que al cabo es solamente la historia del polvo.  
Mi palabra, como agua derramada sobre el asfalto viejo  
desea, no obstante, convertirse en algo más.

Sumergida entre hojas, por ahí se pasea la despedida.  
Suenan sus olas. Me ahogo en su eco.  
Allá está la luz, me dice una voz, distante, me señala.  
Apenas dibujada por el caos, aparece su sombra.

Quise hacerlo. Pero, no pude. Le respondo.  
Mañana quizá me levante, le digo, también con un pie en el fuego.  
Aunque eso no signifique, sin embargo, que camine despierto  
queriendo abrazar con mi latido al amor.

Desaparecerá la ruina, estoy seguro. En su lugar llegará la tormenta.  
Y luego la risa, la levedad, la fiesta, eventualmente el dolor  
de quien lo perdió todo, acaso, por apostar con la ausencia  
y se miro al espejo un segundo antes.

24.

*La inutilidad del vacío*

*Soñó que se moría.*

*Pero, cuando despertó*

*no pudo recordarlo.*

25.

*Escribir-x-vanidad*

Conozco personajes.

(Yo mismo soy uno).

Se desdoblán sobre flores,

(cosmos de petróleo),

como mares de hielo,

como si no tuvieran miedo

de decir en voz alta

sus palabras

llenas de una catarsis errónea.

(Allá están, se miran).

Usan palabras huecas:

hundimiento, quebranto, registro, incendio.

No se conjugan.

Porque no todas las frases raras

se hacen poesía

cuando se recopilan

en un archivo de Word.

26.

*Retrato de un millennial horny*

Me miro al espejo y río.  
Es una tragedia ese reflejo.  
Una mezcla de sueño con ocaso.  
Un aroma a locura del ayer.  
Muy similar a cuando encuentra uno un recuerdo,  
desde la finitud de su cansancio,  
como el esbozo de una sonrisa fina  
que busca compañía  
mientras mira como su condena se vuelve quehacer.

(Como el mañana que me mira  
con su tacto tan liviano,  
mientras viaja en mi regazo,  
y se desdobra sin querer,  
sembrando sus prisiones pasajeras,  
llenas de una ansiedad intransigente,  
ligeramente transparente.  
Casi iguales a la duda y el placer  
que genera un mediodía  
dentro de una brisa que es salida  
y que es también piel).

(Pecado).

(Razón de ser).

Me miro al espejo y creo.  
Me desvisto en la penumbra  
que es menos densa que mis manos,  
allí dibujo el firmamento y rozo lo imperfecto.  
Esa oscuridad duele, es accidente,  
es a la vez beso y epitafio.  
Como el poema que se graba en la memoria  
con las voces de la gente que no habla,  
con los lejanos ruidos de aquellos que se exhiben

desde el subterfugio de lo raro.  
Se desvanece en el aire la palabra,  
como la pasión                    en la cotidianidad.  
O la inocencia en unos forasteros labios.  
Huele a lluvia y es invierno.  
Sabe a sexo esa tristeza,  
como sabe a cobijo esa frialdad.  
Me miro al espejo y pienso.  
Pienso en lo complejo que es pensar.  
Y sin embargo río con mi reflejo  
que sonrío al otro lado de la cama,  
entretanto ignoro la verdad  
y uso lo superfluo  
para conquistar esta cruel ciudad,  
en cuyo halo caen los miedos,  
en forma de orgasmos            con fachada de tempestad.

27.

*Noviembre*

[A]

Los astros no se alinearon,

pero

justamente                    por eso

podimos encontrarnos            de nuevo.

[B]

Es nuestra apariencia.

Crear en el amor

y luego amar esa creencia.

28.

*Lunes*

Apareció frente a mi  
la frágil carpa de fiesta  
sobre un paisaje desierto  
de flores quemadas.

Casa blanca de plástico  
enclaustrada en el tiempo.  
Como ruina y recuerdo  
que podría caber en la cámara.

Sigo soñando con eso:  
amor a blanco y negro.  
Suena el mar a lo lejos,  
pero la imagen es de un funeral.

29.

*Martes*

Mientras escribía, maté mi cuerpo.

Búrlate si quieres.

De todos modos terminará  
sobre los campos de orquídeas.

30.

*Miércoles*

Una fotografía de un hotel.

Pensé en él cuando viajaba.

Las flores ya perdieron su color,  
pero, la fachada es la misma.

31.

*True story*

Pero, es que esa gente está gritando.

Y tienen en sus manos una máquina del tiempo.

Alguien dice algo sobre canonizar el polvo.

Y los demás ríen.

Como si supieran de qué hablan.

32.

*Non*

Hoy en la conversación  
(con la ciudad)  
surgió tu nombre.  
Quise llorar al pensarte,  
entrelíneas (por supuesto).  
Pero, en el álbum de fotos  
sólo hay paisajes.  
Sospecho ahora  
(que quizá te amé a destiempo)  
(tal vez demasiado rápido)  
(tal vez demasiado lento).  
Quizá no te quise tanto  
como quería.  
Pero, escuché una melodía  
mientras el sol me esperaba.  
Morí y me quemé sobre la ruina  
de tu anhelo quebrado.  
Sé que guardaste tu sonrisa  
dentro de una vasija de barro  
sobre el estante de madera  
de una casa imaginaria  
dónde viviríamos juntos.

33.

*Esperar en el hospital*

Cada vez que recorro el tiempo con mis yemas  
muere alguien.

En el eco de esas muertes  
siento latir el cuerpo.

La silla es incómoda,  
no puedo recostarme  
ni imaginarme  
despierta.

Siento que un barco fantasma me lleva,  
sonámbula, por la sombra  
de un fuego abandonado.

Yo recuerdo que llegué con alas.

Espero noticias.

Se arrinconan en mi corazón.

34.

*Desaparecidos*

Un sentido de paz inalcanzable.

Todo trae historias

desnudas

dónde ya no baila el tiempo

ni sus temores.

Es el desastre,

la condena de seguir despierto.

Pues, oigo latidos.

No sé si son del más allá.

35.

*La pintura colgada en el camión de mudanzas*

*Duermo en mi herida.*

*Ritual pasajero.*

Ella se esconde en su despedida.

Dejó de hablarme.

Todavía no sé si le hice algo,  
pero, sé que empezó de nuevo.

Aunque esta vez

dejó su llanto

secándose                    en la sombra

de una playa anónima.

36.

*Apofenia*

Me llamaron.

Murió mi madre.

Pero, ni modo que cancele mis vacaciones.

37.

*Tres tristes tigres tirando televisores por el tobogán*

Me gusta la sombra de tu cuerpo sobre la cama,  
cómo desdoblado las arrugas del reloj  
que tanto vemos.

Lastima que no tenía código de barras.

Me hubiera quedado

para regalarte            mi ternura muerta

envuelta en papel crepé.

38.

*Aprendiendo a ser desconocidos*

Compré un televisor en el mercado, ¿no te dije?  
Reproduje en él el video de nuestra boda.  
Hubiera querido que lo vieras, que te rieras,  
que te burlaras vagamente                    entre recuerdos  
de nuestros vagabundos nervios,  
de nuestra inocencia;  
reírnos, pues,  
de aquel esmoquin, de aquel vestido,  
del jardín con sus flores importadas,  
las largas mesas de metal  
en medio de un laberinto de plástico;  
reírnos, pues, al mismo tiempo  
de los invitados,  
sus atuendos, sus gestos,  
sus relojes caros,  
sus zapatos de cristal,  
los niños ensuciándose con la tierra  
de las cajas de regalo  
sobre las que hicimos                    nuestra primera casa.

39.

*Mr. Hum*

Suena el eco de la alarma.

Me levanto de la cama.

Afuera gritan puestos ambulantes.

Y hay gente que mira mi ventana,  
o miran más bien mi contorno                    evanescente.

Se derrumba.

Coincide con la imagen breve  
de sus pecados inconclusos.

Pero, no me dicen ellos  
qué quieren mi carne  
para guardarla en el congelador  
por si se acaba el mundo.

Suena la radio. Los perros ladran.

Me preparo un sándwich de mermelada                    con azúcar.

Llamo a mi madre. Ella habla del cuerpo  
casi como si fuera un objeto inmovil                    diseñado para incendiarse.

Eventualmente me recuesto, suspiro, me destruyo;  
finjo hacer poemas de amor                    al teclear palabras al azar  
encima de una masa muerta.

Pero, pienso en inyectarme                    felicidad  
en unas horas.

Así encontraré el camino  
para llorar mientras me digo:  
«claro, soy artista, yo puedo hacer eso».

Aunque, la verdad no importa.

Sucedan los días. Veo en el televisor el paso de los meses.

Veó también mi nombre  
en la inmensidad de un comercial                    de fragancias  
con la voz de alguien famoso.

Es apenas mediodía. Estoy desayunando.

Y entre bocados digo algo. Me miro frente al espejo,  
pero la imagen es la de un anuncio de condones  
en blanco y negro                    con una canción suave.

Sabe a anonimato.

Me cepillo los dientes, sonrío consecuentemente,

me desvisto junto a la puerta

mientras tanto cavilo

en el daño que he causado

por aprender a amar                    improvisando, construyendo utopías con falsas quimeras.

Pero, es esa mi herencia.

Se vive condenado. Eso me susurraron.

He tropecado

por pensar en mi imagen diluida.

Claro, es el proceso: huir y caer en el mismo acto.

Pero, esto es sumamente cansado.

Porque finjo estar de pie

para que nadie note mis pedazos                    llenos de polvo seco.

Quizá esto es un performance, menciona alguien a lo lejos.

Alguien me habla. No le entiendo.

Pero, luego sobre mi sombra

aparece un fantasma.

Quizá soy yo de niño.

Sigue sonando la alarma                    en algún lado.

Me llama por mi apodo.

No sé si esto es un sueño.

Pero, ella sigue aquí.

No sé porqué ha vuelto                    si ya no quería verme                    morir de espaldas.

40.

*Un camino*

Un camino al que el sol inunda.

Me quedo ciego.

Aunque escucho voces.

Suenan como luna llena.

41.

*Si alguien pregunta*

Si alguien pregunta  
a dónde fue la vida.  
Dile que pidió el día,  
iba a ir a terapia.

42.

*Tengo cosas que hacer*

Aunque ellos cancelen mi viaje,  
yo abandonaré esta casa.  
Renté un lugar en el volcán.  
Tiene aire acondicionado.

*Tengo cosas que hacer  
en la luna.*

*Aprovéchame ahora  
que no fui a trabajar.*

43.

*Bombones*

Despierta a los demás si quieres.

No te preocupes.

Alguien ocupará mi lugar

y escribirá aquí

un poema de amor

que nadie verá

hasta que pueda venderse.

44.

*Basura*

Ellos creerán  
que la palabra habla del mar,  
otros que de la muerte.  
Nadie sabrá.  
Y eso es lo importante.  
Porque las cosas mágicas  
sólo aparecen  
en la profundidad de un conjuro,  
de cuándo alguien mira la sombra  
sobre el muro  
en lugar de ver el contorno  
de un cuerpo desnudo  
bajo el umbral.

45.

*La imagen*

Escribo y borro.

Escribo y borro.

No me doy cuenta

que eso ya es un poema.

46.

*Suma de soledades*

Suma de soledades,  
se amplifican.

Yo creí conocerla

hasta que la quise mover.

47.

*Estancamiento*

Los ojos tristes.

Ella habla conmigo

sobre su adiós.

48.

*La caída*

Quise despertarla  
para contarle mi historia,  
pero cuando me vio se volteó  
para hablarse a sí misma.

49.

*Cruza los dedos*

Cruza los dedos,  
aparecerá  
próximamente.

Me mandó una señal.

Hace unas horas  
entraron dos hombres,  
me pidieron mi nombre  
y luego se fueron.

50.

*Reunión de poetas en una feria local*

Pensé

que

escribía

poesía

pero

sólo

presionaba

ENTER.